

Editorial

El significado del debate nacional

El debate nacional ha sido uno de los acontecimientos importantes de 1988 en El Salvador. Durante más de dos meses —julio y agosto— se convirtió en el factor más nuevo y dinámico del proceso socio-político. Llamó la atención y obligó a tomar postura frente a él a prácticamente todas las fuerzas significativas del país. Sobre él habló el gobierno, la Fuerza Armada, los partidos políticos, la empresa privada, la Iglesia, el FMLN y, desde luego, los participantes activos del debate nacional. Los medios de comunicación le dedicaron también muchos espacios, hasta el punto de convertirlo en uno de los temas principales de discusión.

Todo ello nos obliga a preguntarnos por qué el debate nacional ha tenido tanta importancia y qué queda de él, una vez que ha desaparecido del primer plano. En definitiva, se trata de analizar el significado del debate nacional. Lo haremos formulando sobre él algunas tesis, que faciliten el planteamiento de nuestro punto de vista.

- 1. El debate nacional ha respondido a la necesidad de que los grandes problemas del país sean tratados, no sólo por las fuerzas políticas, sino también por las fuerzas sociales y, más en general por toda la población.**

Hasta el debate nacional apenas se había tenido en consideración directa a las fuerzas sociales y a la mayor parte de la población para enfrentar los grandes problemas nacionales, entre otros, por ejemplo, el problema de la guerra con sus causas, sus efectos y sus soluciones. Se había partido del supuesto de que los grandes problemas nacionales son proble-

mas políticos, cuya solución corresponde a los políticos —gobierno, Fuerza Armada, partidos—, dando por asentado, en el mejor de los casos, que los sectores políticos tienen la representación plena de la sociedad.

Así hasta ahora el gravísimo y difícilísimo problema del diálogo había quedado restringido al gobierno y Fuerza Armada, por un lado, y al FMLN y FDR por el otro. Ciertamente el FMLN-FDR había procurado convertir el diálogo de las partes en conflicto en un diálogo de amplia participación. Pero esto no se había conseguido. La presencia en la delegación gubernamental de algún sindicalista se redujo a una presencia ornamental. Más tarde, el ejecutivo ha impulsado una participación mayor en los preparativos del diálogo, pero reducida a los partidos políticos, con resultados más bien pobres. También ARENA ha intentado que el legislativo intervenga institucionalmente en el problema, poniéndose a la cabeza de una nueva iniciativa, centrada en los partidos políticos, pero abierta, al menos en la intención proclamada, a distintos sectores sociales.

La iniciativa de la Iglesia, al convocar el debate nacional, rompió este esquema e intentó que se pronunciaran las fuerzas sociales organizadas, aunque también arbitró un método para que el pueblo, al que no se le ha dado voz en este asunto, se manifestara de alguna manera. La Iglesia, al hacer esto, pretende ampliar el compromiso por la paz, pero también responde a una vieja doctrina de su magisterio social, según la cual tiene prioridad la sociedad civil sobre la sociedad política, más reconocida como Estado. Sin entrar en discusiones teóricas o constitucionales de a quién le corresponde la primacía en cuestiones que son más sociales que políticas, más cívicas que estatales, el debate nacional llena un vacío, el vacío creado por la ausencia de la sociedad y, en general, del pueblo en la búsqueda de la solución del conflicto armado. Se tiene miedo a convocar al pueblo y a las fuerzas sociales a la hora de buscar soluciones a un problema, que afecta sobre todo al pueblo y a las fuerzas sociales. Ni siquiera se ha tenido la pequeña audacia de convocar un referéndum o un plebiscito específicos, en el cual la población pudiera manifestarse libre y autorizadamente sobre la conveniencia o no de una negociación, sobre el modo y los términos de la misma.

La respuesta significativa que tuvo la convocatoria muestra el deseo de participación de las organizaciones sociales más diversas: sindicatos, cooperativas, universidades, iglesias, asociaciones empresariales, humanitarias, de marginados, etc. Incluso el rechazo por parte de los sectores, que representan



el gran capital, es un reconocimiento implícito de la importancia que tienen los sectores sociales, la importancia que tiene una convocatoria de los mismos, donde todos juntos puedan mostrar sus puntos de vista e incluso puedan llegar a consensos, que superen las diferencias por afiliación a distintos partidos políticos.

El haber configurado el debate nacional como una reunión lo más pura posible de fuerzas sociales fue la gran novedad de este intento. Hubo momentos de vacilación, como cuando se propuso que participaran en él los partidos políticos y aun la Fuerza Armada. Pero esto hubiera "politizado" indebidamente la reunión y la hubiera privado de su especificidad: lo "social" como algo inconfundible con lo "político," no obstante las determinaciones mutuas de los dos ámbitos. Desde este punto de vista el debate nacional constituye un hito histórico en El Salvador: la autonomización de las fuerzas sociales, que reclaman un peso específico en la conducción de un proceso que, más que político, es estrictamente histórico, esto es, englobante de todo el conjunto de estructuras y dinamismos humanos.

Algunos han querido ver en esto una vuelta al corporativismo de corte fascista, que pretende sustituir las organizaciones "artificiales," que serían los partidos políticos, por organizaciones "naturales," que serían las fuerzas sociales. Se trata de una objeción desviada e interesada. Desde luego, las organizaciones sociales convocadas son tan "artificiales" como los partidos políticos. En segundo lugar, no se pide la sustitución de los partidos políticos por las organizaciones sociales sino su mutua complementación. Finalmente, lo que se pretende es la potenciación de la sociedad civil frente al Estado, del que

forman parte sus tres poderes u órganos principales y, además, en el caso de El Salvador, la Fuerza Armada y el Estado norteamericano. Nada de esto permite hablar de fascismo, sino de todo lo contrario, de una potenciación de la democracia, mediante el control del Estado por la sociedad.

De hecho algunas de las organizaciones, sobre todo las sindicales, tienen bastante relación con partidos o tendencias políticas. Incluso en algunos casos podría pensarse que esa relación es demasiado estrecha y aun subordinada. Que haya coincidencias es natural, que haya preferencias es también natural. Lo que ya no es aceptable es la subordinación de lo social a lo político. El político se dirige formalmente a la toma del poder estatal para desde él realizar su proyecto global y esto configura específicamente su actuación. La organización social no busca para sí el poder político del Estado sino el logro de los objetivos propios, que le configuran como organización social; los sindicatos como potenciación de los trabajadores, las universidades como potenciación de su labor cultural, las iglesias como potenciación de su misión, y así todas las demás. Una subordinación, que impida la autonomía y fuerce a contribuir a intereses de sectores estrictamente políticos, es una traición a la organización social, a la que se pertenece. Ciertamente la organización social no debe cerrarse sobre sí misma y contraponer sus intereses a los intereses generales; más aún, debe estar atenta y apoyar a cuantos defiendan mejor los intereses generales y, dentro de ellos, los intereses sectoriales de cada organización. Pero esto sin abdicar de su autonomía y sin dejarse manipular desde fuera por ningún partido ni ninguna vanguardia.

2. El debate nacional convocó a un buen número de fuerzas y organizaciones sociales, que cubren un amplio espectro del conjunto social.

Desde luego, en el ánimo de los convocantes estaba el que se hicieran presentes todas las fuerzas sociales representativas tanto del capital como del trabajo, tanto de la izquierda como del centro y de la derecha. No tuvo éxito su convocatoria de las fuerzas representativas del capital. Sobre ello volveremos en otra tesis. Pero, exceptuado este sector importante, puede decirse que todos los demás sectores lo hicieron.

No es cierto que se hicieran presentes sólo los sectores radicales simpatizantes del proyecto FMLN-FDR. Ciertamente hubo una amplia participación de los sectores populares, pero un número importante de ellos está más cerca de la democracia cristiana que del FDR o del FMLN.

Pero, además hubo también un buen número de organizaciones, por ejemplo las eclesiales, las universitarias y aun las de pequeños empresarios, que no pueden considerarse, sin más, como organizaciones populares y que además, tienen entre sí notables diferencias. Quien examine con cuidado las 16 tesis que no alcanzaron el 50 por ciento del apoyo o las discrepancias en las tesis que lo alcanzaron, se dará cuenta del pluralismo de los participantes. El deseo de buscar consensos y de no polemizar tal vez ocultó divergencias más profundas. Pero estas son de todos conocidas tanto por pasados planteamientos como por los sistemas de alianzas y los modos de su actuar cotidiano.

Puede decirse, en consecuencia, que los consensos alcanzados muestran en alguna medida, y no absolutamente, lo que pudiera llamarse un consenso popular, no sólo o no tanto por la presencia de organizaciones claramente representativas de los sectores populares, sino también por la presencia de otras instituciones y organizaciones, que ponen por delante el interés de las mayorías populares sobre los intereses de las minorías o de los intereses extranjeros.

3. El rechazo por parte de los representantes del capital organizado a hacerse presentes en el debate nacional, desvirtuó en parte su significado, pero también sirvió de radiografía de la realidad nacional.

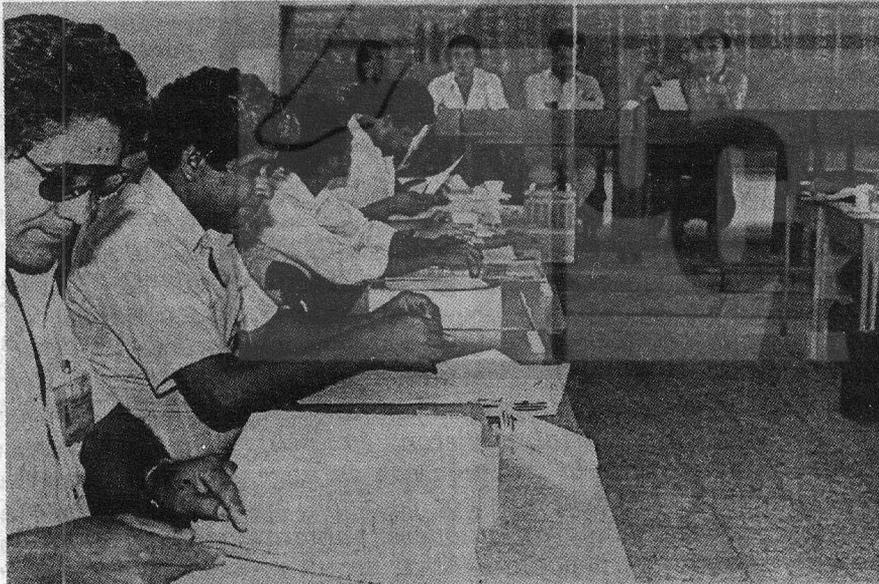
La jerarquía eclesiástica arquidiocesana se había preocupado por conseguir el apoyo o, al menos, impedir el veto de las fuerzas políticas del país. Lo consiguieron del gobierno, de la Fuerza Armada, del FMLN y de los principales partidos políticos. Se pidió a ARENA, que interpusiera sus buenos oficios para que se hiciera presente en el debate nacional la empresa privada. Algunas de sus organizaciones en un primer momento decidieron participar, pero cuando la cúpula de todas ellas decidió lo contrario, desistieron de hacerlo.

La razón fundamental de su ausencia fue el no prestar su apoyo a una iniciativa, que juzgaban favorecía más al FMLN-FDR que a sus intereses y proyectos tanto en lo económico como en lo político. Su reacción fue en este caso similar a la que adoptaron en 1970, con ocasión del primer Congreso de Reforma Agraria convocado por la asamblea legislativa. Cuando los sectores empresariales vieron en peligro sus intereses trataron de boicotear la reunión con su ausencia, una vez que se propuso llegar a acuerdos por votación. Si se hubieran quedado, las conclusiones de entonces hubieran sido más equilibradas y se hubiera podido entrar en un proceso de cambios,

que tal vez hubiera impedido la tremenda tragedia de la guerra civil. Pero entonces prefirieron sus intereses particulares a plazo inmediato a los intereses generales e incluso a sus intereses propios a mediano plazo. Lo mismo les ha ocurrido ahora, pues no han logrado hacer fracasar la reunión y han dejado de conseguir un posible consenso nacional más matizado, que hubiera podido servir mejor para una futura negociación y también para un indispensable pacto social.

Pensar que ARENA les resolverá más tarde estos problemas es querer repetir en parte una experiencia, que en los setenta resultó un gran fracaso y llevó a la tragedia de los ochenta.

La empresa privada no se presentó al debate nacional, como no lo hicieron algunos otros sectores, que le son afines, las más de las veces utilizando razones especiosas. Pero hubo dos actitudes distintas en el sector. Una de ellas de total intransigencia, que recordaba aunque de lejos, las posiciones de FARO en 1976-1977, las cuales desataron la violencia terrorista de la derecha en el país. La otra, mucho más tolerante. No iban a participar, pero tampoco atacaban de manera verbal violenta. Se reflejaba así una doble posición del capital salvadoreño actual: la de quienes se han convencido de que el problema principal es la miseria de la mayor parte de la población, frente a la cual no tiene ya sentido la represión y la violencia, sino la puesta en marcha de un "capitalismo democrático" y la de quienes no han aprendido nada y desean re-



petir los mismos métodos, que frenaron en 1981-1982 el triunfo revolucionario. La gran pregunta es cuál de los dos sectores acabará imponiéndose en un futuro próximo, triunfen o no en las elecciones presidenciales.

Volvemos a repetir que si el sector empresarial se hubiera hecho presente en el debate nacional, dada la gran cantidad de votos que se le había atribuido, el documento final de consenso hubiera salido más matizado y algunas propuestas de las aprobadas mayoritariamente no hubieran pasado al documento final por no alcanzar el 50 por ciento requerido. Hubiera habido una necesidad mayor de dialogar, negociar y transigir, lo cual hubiera sido beneficioso para todos. La lección no debiera ser desaprovechada, si se repite una convocatoria similar o se propician diálogos intersectoriales.

4, Los sectores progresistas pueden sacar la conclusión de cómo es necesario un cambio de método para conseguir la aceptación de sus propuestas y para propiciar un amplio consenso popular.

Habían temores con el debate nacional. Algunos pensaban que la UNTS podría aprovecharse de él para hacer un mitin violento y propagandístico. Se recordaba lo ocurrido en el último diálogo del gobierno con el FMLN-FDR en la nunciatura, la cual fue rodeada por una multitud combativa, que coreaba consignas, no sólo en favor de la paz sino en favor del FMLN. Se recordaban también acciones radicales de algunos sindicatos y otras organizaciones, que iban a asistir al debate nacional. Nada de esto ocurrió, lo cual mostró en esta ocasión la madurez del movimiento popular.

Las propuestas de los sectores más progresistas, sin traicionar sus ideales y sus propósitos maximalistas, se hicieron de una forma más realista, una forma que buscaba más el consenso que la radicalización diferenciadora. El comportamiento de estos mismos sectores antes, en y después de la asamblea final, fue de todo punto prudente y moderado. Lejos de suscitar antagonismos, consiguió amplio consenso, incluso sobre proposiciones, que superaban lo que otras organizaciones habían sostenido hasta entonces.

Ayudaron mucho en esto la presencia organizadora de la Iglesia, el método elegido para construir el consenso, basado más en el trabajo y la reflexión que en el grito y la presión. Ayudó también la actitud constructiva del FMLN, que confió esta vez tanto en la neutralidad de la Iglesia como en la capacidad de razonar de las organizaciones convocadas. Pero el mérito mayor ha de darse a los participantes mismos, a los

más progresistas por presentarse con espíritu conciliador y a los menos progresistas por presentarse con un espíritu abierto.

Mucho tendrían que aprender las partes en conflicto, los partidos políticos y, sobre todo, los diputados. Gracias a un método sabiamente diseñado, complejo pero objetivo, y gracias sobre todo a la buena disposición de los participantes, más preocupados por el consenso que por el disenso, más preocupados por soluciones reales que por prepotencias vanguardistas, se pudo hacer un trabajo, no sólo muy amplio y delicado, sino bien hecho.

Todo ello demostró que es posible un consenso amplio, no obstante la diferencia entre sectores y las divergencias dentro de cada sector. Para esto se requiere tomar como centro de discusión problemas nacionales fundamentales, no buscar lo que separa sino lo que une y, por tanto, no radicalizar la propia posición ni en el fondo ni en la forma, confiar en los logros de la razón y de la voluntad populares, cuando no están sometidos a temores o cuando no obedecen consignas extrañas.

5. El debate nacional mostró las posibilidades y los límites de futuras alianzas sociales y políticas.

Puede decirse que en el debate nacional se hicieron presentes las fuerzas que pueden considerarse como representantes de un amplio espectro que va del centro a diversas formas de izquierda, mientras que no se hizo presente la derecha en sus distintas formas. En términos de partidos políticos se hicieron presentes simpatizantes de la democracia cristiana, del PCN, de Convergencia Democrática, del FDR y del FMLN, aunque no puedan ser considerados sin más como pertenecientes a uno de esos partidos y, menos aún, como subordinados a ellos. No se hicieron presentes los simpatizantes de ARENA.

El amplio consenso logrado muestra que se dan coincidencias fundamentales en amplios grupos sociales y políticos. El debate nacional trataba de temas fundamentales para el país: diagnóstico de la situación, causas de la misma, análisis de los intentos pasados de solución, enjuiciamiento de Esquipulas II como marco general de una solución centroamericana y propuestas de solución al conflicto social y al conflicto militar. No eran, por tanto, problemas sin importancia; al contrario, eran los problemas fundamentales del país. No es que no se dieran diferencias en todos y cada uno de los puntos tratados, pero predominaban con mucho las coincidencias y, sobre todo, el deseo de coincidir o converger.



Esto significa que se da no sólo un amplio consenso nacional, sino también la posibilidad real de un amplio consenso político, siempre que lo social determine a lo político, más que lo político a lo social. Tendríamos de un lado a la derecha capitalista, cuya representación social es la ANEP y cuya representación política es ARENA, pero sin representación social popular organizada, aunque tiene su propio sector popular político; por otro lado, tendríamos a todos los demás, a los que tienen su fundamento de ser y de organizarse no en el capital, sino en el trabajo, los cuales tienen sus distintas organizaciones sociales, casi todas presentes en el debate nacional y tienen sus correspondientes partidos políticos. Si esta apreciación es correcta y si los partidos políticos, que van del centro a la izquierda, la asumen, entonces se abren perspectivas interesantes para la siguiente campaña presidencial, sobre todo por lo que toca a una segunda vuelta. Ya lo vieron así algunos representantes de la derecha arenista y esa fue una de las razones principales para atacar al debate nacional, no obstante no ser ésta la pretensión del mismo por parte de los organizadores. Fue, si se quiere, un resultado, pero no un propósito, pues lo que los organizadores buscaban era un consenso nacional y no solamente un consenso popular.

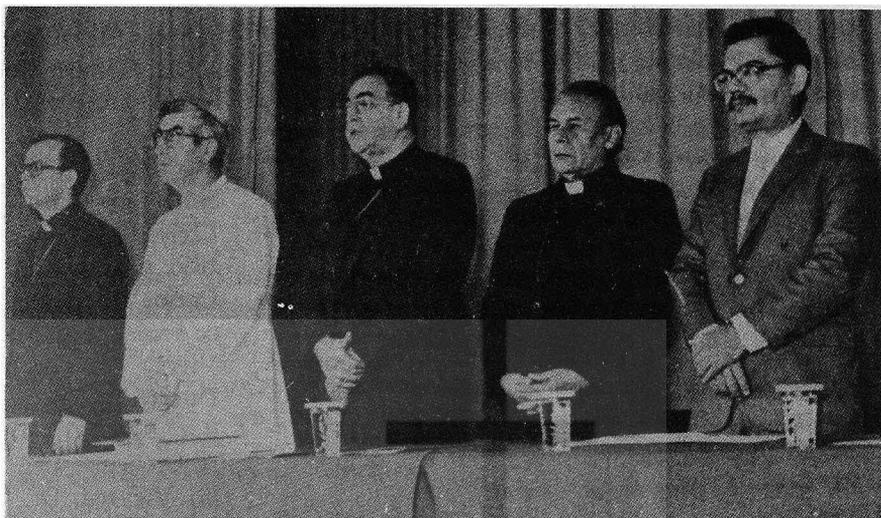
Sin embargo, el debate nacional, como institución, siguió invitando al sector capitalista a que se adhiriera a la misma y a sus conclusiones, las cuales podían ser revisadas para conseguir una aceptación más amplia. Esto mismo lo ha pretendido la Iglesia, que, por tanto, no puede ser considerada como

partidista en este asunto. No lo ha conseguido hasta ahora, por lo cual puede seguir sosteniéndose que el debate nacional ha servido para mostrar la partición real de las fuerzas sociales e indirectamente de las fuerzas políticas. Respecto de los problemas fundamentales, incluido el problema de la solución militar del conflicto y de la hegemonía norteamericana en El Salvador, habría un consenso fundamental entre las fuerzas antes enumeradas en contraposición del esquema fundamental de lo que pudiera llamarse la derecha conservadora. Es importante este punto, no sólo porque define por dónde pasa la línea divisoria principal, sino porque puede tener consecuencias prácticas en términos electorales, siempre que no sea lo político —la necesidad de alcanzar o de retener el poder— el elemento que determine en última instancia todo lo demás, sino que lo sea lo social.

6. Sería ilusorio, sin embargo, pensar que en el debate nacional se hizo presente la mayor parte del pueblo salvadoreño, que acude a las urnas por lo que no sería objetivo magnificar su significado en términos electorales.

No hay duda de que ARENA cuenta con un amplio electorado, que por ser amplio abarca una buena parte de sectores populares. Hay múltiples razones para ello. Entre otras debe señalarse el que la mayor parte de la población considera que el problema principal de El Salvador es un problema económico, para cuya solución estaría mejor preparado el sector empresarial, y también el que el actual partido en el poder no ha hecho nada efectivo para superarlo. Tal vez puede hablarse de medio millón de salvadoreños, que prefieren dar su voto a ARENA, antes que a otros partidos, cuya plataforma es más popular. Puede decirse que no debiera ser así, pero por motivos efectivos sobre la opinión popular, es así.

No sería razonable pensar que esos amplios sectores populares no estarían de acuerdo con los puntos fundamentales acordados en el debate nacional. La encuesta, que acompañó al mismo, muestra ciertas coincidencias, aunque reflejan mucha menor unanimidad que la ofrecida por los sectores sociales organizados, participantes en el debate nacional. Aunque un 57.2 por ciento piensa que ningún partido podría poner fin a la guerra, un 12.1 por ciento juzga que el mejor capacitado para ello sería ARENA, mientras que sólo un 4.8 por ciento estima que sería el PDC y un 1.9 por ciento Convergencia Democrática. Un 67.4 por ciento no ve nada positivo en la situación actual. Si se juntan en la encuesta todos los rubros referidos a la crisis económica, tendríamos que sobre un 200 por ciento, el 99 por ciento estimaría como problema principal



el económico, estando en segundo lugar el de la guerra y la violencia con el 59.9 por ciento; en cambio, el problema tan principal en el debate nacional, que es la ingerencia externa sólo aparece en la encuesta con un 1.1 por ciento de preocupación. Son más los que piensan que han mejorado los derechos humanos que empeorado (41.3 vs. 26.5). El 39.1 por ciento piensa que es el FMLN quien viola más los derechos humanos, mientras que sólo el 17.4 por ciento piensa que es la Fuerza Armada y el 8.7 por ciento la derecha capitalista. Amplios sectores ven progresos en la libertad de expresión (51.1%), en la participación popular (36.5%), en la apertura política (34.9%). La desconfianza, en cambio, del gobierno, de la asamblea legislativa, de los tribunales de justicia, de la Fuerza Armada es muy alta. Sobre las causas del conflicto resalta la que pudiera entenderse ampliamente como injusticia estructural. Hay un firme rechazo de los operativos militares tanto de la Fuerza Armada como del FMLN (62.5%). Sólo el 10.7 por ciento piensa que El Salvador cumplió con Esquipulas II. Se está claro que Estados Unidos es con gran diferencia el país que más interviene en los asuntos de El Salvador (61.7%), aunque el 29.1 por ciento piensa que esa intervención es buena. El diálogo y negociación, como la mejor forma de resolver el conflicto, es el medio considerado más apto, pero sin mucho entusiasmo (21.3%), con todo se preferiría ese método para finalizar la guerra (42.5%). La ambición de poder se pone como la causa principal del fracaso del diálogo (24.4%), seguido de la incomprensión entre la Fuerza Armada y el FMLN (22.8%).

Este conjunto de coincidencias y divergencias ha de tenerse muy en cuenta. Se deben al distinto grado de ideologización y concientización. Pero prescindiendo de todo juicio de valor, in-

dican una brecha importante entre los organizados y los no organizados. Estos opinan con mayor realismo empírico y, o más influidos por el medio ambiente; aquellos con mayor análisis y, o presión ideológica. Pero la brecha entre ambos sectores es significativa y debiera servir de orientación tanto para los ejecutores del debate nacional como para las distintas fuerzas sociales y los diversos partidos políticos.

7. La Iglesia recuperó su liderazgo no sólo como fuerza nacional genérica sino como propiciadora y alentadora de la solución política negociada.

Pocos dudan de la potencialidad de la Iglesia para contribuir a la solución de los grandes problemas nacionales y esto no por su poder político, sino por su autoridad moral. Pero esta potencialidad no se actualiza y activa de forma adecuada. La falta de confianza en esa potencialidad, la dificultad y el riesgo de los problemas, la escasez de recursos operativos y, a veces, posiciones ideologizadas más en contra de la izquierda que a favor de la derecha, hacen que ese potencial quede frecuentemente inoperante.

Monseñor Romero generó para la Iglesia una gran credibilidad entre las clases populares y aun por parte del FMLN-FDR, no obstante la posición endurecida de otros obispos. Monseñor Rivera no ha dilapidado esta credibilidad, aunque tampoco la ha aumentado, pero ha logrado dejar de asustar al gobierno demócrata cristiano e incluso, en alguna medida, a la Fuerza Armada; también ha reducido los antagonismos con el gran capital, aunque la campaña de algunos de estos sectores contra el debate nacional hacía recordar la sentencia evangélica de la dificultad casi insuperable de que los ricos puedan llegar a entrar en el reino de Dios. Por otra parte, ha de reconocerse a Monseñor Rivera el mérito de haber sostenido desde el principio y permanentemente, cuando hacerlo suponía el ser tildado de antipatriota y ser candidato no sólo a la violencia verbal, sino a la física, que era la negociación y no la guerra el camino razonable y cristiano para acabar con el conflicto de El Salvador. Pero también debe señalarse que en este camino el resto de los obispos lo dejó solo por mucho tiempo y aun le hizo subterráneamente una constante oposición. Por todo ello, junto con la dificultad misma de la negociación y la prolongación de su mediación, podía decirse que se había debilitado la posición profética y evangelizadora de la Iglesia, representada en este punto por Monseñor Rivera, en relación con la paz y con los medios para conseguirla.

De este cuasi marasmo se salió con la nueva iniciativa, propia y particular de Monseñor Rivera, de lanzar un debate

nacional. La iniciativa estuvo a punto de naufragar, en parte, por la dificultad que encerraba llevarla a feliz término, en parte, por el poco entusiasmo con que fue recibida por la CEDES, el conjunto de obispos salvadoreños. Ciertamente la CEDES acabó apoyando la iniciativa en un documento oficial, no muy entusiasta, pero suficiente. Incluso a la inauguración de la asamblea final asistieron el nuncio y el presidente de la CEDES. Pero es sabido que el apoyo se dio no sin muchas reticencias y con algunas condiciones, todo lo cual se refleja en una desafortunada entrevista dada por Monseñor Revelo.

No obstante todo ello, la iniciativa resultó ser un éxito. Ante los ataques, la jerarquía eclesiástica recuperó su pulso profético y aguantó con elegancia acosos insidiosos. Lo que es más importante, con efectividad se puso al frente de un poderoso movimiento popular en favor de la paz, de modo que durante más de dos meses se convirtió en protagonista de la realidad nacional y esto en forma de servicio y no como lo hacen los señores de este mundo. Actualizó su potencial evangelizador y liberador encontrando el tema, el modo, la audacia prudente y la colaboración indispensable. Fue toda una lección para la propia Iglesia sobre lo que debe seguir haciendo y en el modo de hacerlo. Tal vez es un tipo de experiencia que podría ser repetida todos los años sobre problemas centrales para el país. Y tal vez es un ejemplo de cómo podrían discutirse en el interior de la Iglesia problemas importantes, enfrentados no sólo por la jerarquía a puerta cerrada, sino por los distintos sectores eclesiales.

La continuación efectiva del debate nacional no deja de ser un desafío difícil para la Iglesia. Pero lo más importante ya fue hecho y fue hecho bien. La Iglesia ha salido sólidamente robustecida de este riesgo sabio y prudentemente asumido.

Las otras iglesias asumieron bien la iniciativa de la Iglesia católica. No sólo aceptaron su invitación y colaboraron generosamente, sino que la apoyaron en todo momento, incluso con manifestaciones oficiales y con movilizaciones públicas. Fue un buen ejercicio de ecumenismo práctico.

Las encuestas indican que una mayor parte de la población (69.4%) está de acuerdo con la intervención de la Iglesia en los conflictos sociales, mientras que sólo el 26.3 por ciento está en desacuerdo, porcentaje menor pero no despreciable. El papel de la Iglesia en el diálogo entre el gobierno y el FMLN-FDR es bien visto por un 68.7 por ciento y mal visto por un 24.3 por ciento. Son cifras indicativas de que se debe proseguir en la tarea, pero que resta camino por andar en cuanto al modo de hacerlo.

8. El debate nacional ha mostrado la urgencia y necesidad de resolver el conflicto nacional por medio del diálogo y de la negociación.

El éxito de la convocatoria del debate nacional se debió en buena parte a que fue promovida por la Iglesia. Pero se debió también a que el objetivo principal del debate nacional fue la superación del conflicto armado, la búsqueda de la paz por medio de un diálogo nacional y de una negociación entre las partes en conflicto. Evidentemente se trata de un gran problema nacional, que afecta profundamente a todos y en cuya solución todos quieren participar.

La gran cuestión del diálogo estaba cuasi paralizada. El gobierno la había vuelto a airear, pero dentro de límites tan estrechos, que su efectividad real estaba llamada desde un principio al fracaso. La iniciativa de ARENA tenía también un claro olor de maniobra política: contrarrestar la iniciativa gubernamental, así como el gobierno y los otros partidos pretendían contrarrestar la suya, y ganar posiciones electorales mostrándose como amigos del diálogo sin posibilidad alguna de llevarlo a la realidad en los meses anteriores a las elecciones. Entre los grupos políticos, los que más seriamente han insistido en el diálogo han sido el FMLN-FDR y Convergencia Democrática; cada uno por su lado ha propuesto no sólo un diálogo inmediato y efectivo, sino un diálogo con contenido muy preciso.

Esta paralización hacía más necesario un nuevo empuje. Y este empuje nuevo vino de las fuerzas sociales. Su asistencia al debate nacional y las conclusiones a las cuales se llegó muestran hasta qué punto les es central e inaplazable la



solución del conflicto por medio del diálogo.

Puede decirse que casi todas las conclusiones del debate nacional van no sólo a alcanzar la paz, sino a alcanzarla por medio del diálogo y la negociación. La conclusión 84, que alcanzó un 97 por ciento de apoyo, dice expresamente: "solución política a través del diálogo-negociación, en el marco de un proceso continuo y permanente. Rechazo, en consecuencia, de las soluciones violentas y militares." La segunda parte de la propuesta es la más contundente y contradice cualquier posición militarista y guerrillera, venga de donde venga, venga de Estados Unidos, la Fuerza Armada, el gobierno o ARENA, o venga del FMLN. Ciertamente la propuesta de que "la lucha armada ya no es un método válido para legitimar el poder," sólo alcanzó un 32 por ciento de apoyo y no fue sustentada por los sectores más radicales. Esto indica cierta ambigüedad en los defensores de la conclusión 84 y hasta cierto punto alguna inconsecuencia lógica y real. Pero de todos modos la superioridad y la preferibilidad del diálogo sobre las armas queda manifiestamente aceptada.

9. Aunque el mayor fruto del debate nacional ya se ha conseguido, debería intentarse que su dinámica y sus resultados se insertaran en el proceso político del país.

Nadie esperaba que el debate nacional trajera por sí mismo la paz. Su objetivo fundamental era favorecer el proceso de pacificación presentando a las partes en conflicto y a otros agentes políticos principales el consenso de las fuerzas sociales. Pero este objetivo final podía traer otros muchos beneficios y éstos también se lograron.

Está, ante todo, el acercar entre sí a fuerzas sociales distintas y aun divergentes para llegar a acuerdos teóricos sobre puntos fundamentales del país. Conocidas son las diferencias entre los distintos sectores sindicales y lo difícil que había sido hasta ahora poner en contacto a unos con otros; lo mismo puede decirse de las universidades, de las iglesias, etc. Sin embargo, todas aceptaron la invitación, se reunieron y llegaron a acuerdos importantes.

Esto supuso, en segundo lugar, un gran esfuerzo de reflexión y de disciplina. No es fácil lograr que más de cincuenta organizaciones se sometieran a un largo trabajo sobre un esquema de preguntas prefijado. La mayor parte de ellas se atuvieron estrictamente al esquema e hicieron estudios de primera mano, haciendo avanzar las posiciones ya expresadas anteriormente. Hubo, por tanto, un avance no sólo en una mayor concientización, sino en una mayor creatividad y flexibiliza-

ción de las posiciones. Las posiciones no cambiaron en lo fundamental, pero se mostraron suficientemente abiertas como para poder conectar unas con otras. Esto se demuestra no sólo en el documento síntesis, que pudo recoger en sólo 164 proposiciones confluyentes cerca de un millar propuestas hechas por los grupos, sino en el gran acuerdo conseguido respecto de la mayor parte de ellas.

En tercer lugar, se consiguió hacer avanzar la idea de la paz en general y de la necesidad de la negociación como medio para conseguir la paz. No sólo quedó de nuevo a flor de piel el problema de la paz y de la negociación sino que se convirtió durante dos meses en el tema público de mayor actualidad y preocupación. No fue posible tenerlo escondido y prevalecieron las voces y, sobre todo, las razones, de quienes se mostraban favorables al diálogo sobre quienes se oponían a él. Todo este esfuerzo va calando en la conciencia colectiva, la cual, lejos de escandalizarse o asustarse ante la idea, la ve como más conatural y razonable.

En cuarto lugar, los partidos políticos para sus próximos programas electorales, el gobierno en los últimos meses de su administración, la Fuerza Armada como vigilante de la maraña social, no pueden menos de verse afectados por la iniciativa de la Iglesia y por los resultados que, aparte su intrínseco valor, muestran tendencias importantes para el equilibrio social y eventualmente posibilidades de acrecentar el propio capital electoral. Será, por lo menos, difícil que los grandes actores políticos se pongan en contra de lo que supone en el fondo y en la forma el debate nacional; más probablemente algunos de ellos tratarán de capitalizarlo positivamente y con ello mantendrán viva la idea del diálogo y también algunos contenidos importantes, con los cuales se puede construir un verdadero proyecto popular para alcanzar la paz y para iniciar un nuevo desarrollo.

En quinto lugar, el debate nacional ha tratado de institucionalizarse y de perpetuarse, como una especie de representación oficial de las fuerzas sociales. Alguna de las propuestas aprobadas van en esta dirección, no sólo restringidamente para promover el proceso de pacificación, sino de manera más amplia para defender los intereses sociales. Así como la asamblea legislativa estaría para tratar políticamente los asuntos políticos, el debate nacional estaría para tratar institucionalmente los asuntos sociales. El tiempo no está maduro para tal propósito, pero el brote ya ha aparecido. Al menos se ha visto en la práctica la posibilidad de una asamblea suprasectorial, que aglutine para objetivos bien definidos a un conjunto am-

plio y bien diferenciado de fuerzas sociales. Una repetición responsable y exitosa de la experiencia podría desembocar no sólo en la articulación ocasional de fuerzas sociales, sino incluso en su institucionalización, lo cual podría representar una novedad importante en el proceso histórico, meta-político de El Salvador. El inicio de la experiencia no ha podido ser más prometedor. Y no es éste el menor de los logros del debate nacional.

En definitiva, el debate nacional ha sido un aporte muy importante para el proceso actual que vive El Salvador. Tiene mucho de diagnóstico por el hecho mismo de cómo se realizó y por lo que en él se dijo. Suscita también una fuerte y viva esperanza. Es posible un consenso entre distintas fuerzas sociales, no obstante sus importantes divergencias. A veces serán razones tácticas las que obliguen a simular convergencias, dar un paso atrás para en seguida dar dos adelante. No hay por qué caer en ingenuidades interpretativas. Sin embargo, tampoco la desconfianza sistemática lleva a nada constructivo. El debate nacional tal vez sólo ha supuesto un pequeño avance y una cierta consolidación en el camino de alcanzar la paz por medio de la negociación, en el camino de ir creando consensos nacionales por medio del diálogo. Pero para la historia de un pueblo unos pocos meses no son nada. Y, en este caso, esos pocos meses han sido muy fructíferos. Verlo así, aprender de la experiencia tenida, buscar creativamente modos de prolongarla, sería de importancia para ir encontrando solidariamente soluciones a la gran crisis nacional.

30 de septiembre de 1988.